



VIVIR SIN MÁSCARAS

El hilo de plata que une nuestras almas es antiguo.
Antiguo y profundamente indestructible.
No lo recuerdas.
Pero yo sí.

Por eso me atrevo a decirte algo que no pertenece a esta vida, ni a este tiempo, ni a este cuerpo que ahora habito: Eres mi destino. Así como yo soy el tuyo.
Te he amado en muchas vidas. En otros nombres. En otros rostros. Y tú también a mí.
Me has roto y te he abandonado.
Me has salvado y me he quedado.
Hemos sido, a través de los siglos, dos fuerzas opuestas que han aprendido —no sin dolor— a convivir.
Dos extremos que no se anulan, sino que se reconocen.

Y en todo este tiempo he entendido algo que antes no sabía:
No se sobrevive a ti enfrentándote.
Se sobrevive comprendiéndote.
Por eso decidí caminar a tu lado, respetando tu ímpetu.
No volver a ponerme frente a tu fuerza desbordada que arrasa sin medir, sino aprender el ritmo de tu tormenta, sin intentar detenerla.

Pero incluso el destino necesita acuerdos.

Y si alguna vez regresas a mi puerta, si vuelves a cruzar ese umbral invisible que siempre nos encuentra, no puedes llegar como antes.
No puedes llegar cubierto de lo que no eres.
Debes llegar desnudo.
Con tu alma desnuda.
Sin máscaras.
Sin refugios.
Sin mentiras que te protejan de ti mismo.
Porque esta vez yo no voy a caer sin saber.
Esta vez, yo voy a mirarte de frente.

He aprendido a nombrarte sin pronunciarte.
A describirte sin decir tu nombre, como se describen las catástrofes que aún tiemblan bajo la piel de la tierra.
Porque eres el ímpetu de un huracán, la violencia de un terremoto.
Tu alma es una cascada en caída libre, una fuerza que no pregunta, que no se detiene, que no calcula las consecuencias de su propio desbordamiento.
Tu fuerza destruye si alguien se interpone.
Tu fuerza salva, si alguien entiende que no debe resistirse.
Nadie puede poner un dique a un océano embravecido. Nadie debería intentarlo.
Eres una fuerza elemental y pura.
Y yo lo sé porque fui arrastrada.
No por maldad. Nunca por maldad.
Sino por esa forma tuya de existir sin medida.

Me empujaste al borde de un abismo que no tenía nombre; no me empujaste a él por crueldad, lo hiciste porque no sabes contenerte.
Porque no sabes detener la tormenta cuando ya ha comenzado.
Y, sin embargo, te quedaste.
Te quedaste al borde.
Te vi.
No lo recuerdas, pero yo sí.
Te quedaste mirando ese abismo, como si por primera vez comprendieras el alcance de tu propia fuerza. Como si el eco de mi caída hubiera abierto en ti una grieta que no sabías que existía.
No supiste cómo rescatarme. Pero no te fuiste.

Y eso, eso fue lo que me condenó.
Porque en ese gesto torpe, en esa permanencia inútil, pude ver algo que no encajaba con la idea de una fuerza sin alma, sino más bien de una fuerza elemental que no ama, pero tampoco odia.
Porque simplemente eres.

Has aprendido a vivir con máscaras.
Las llevas como quien se cubre de invierno en un mundo que no tolera el calor del sol. Has perfeccionado el arte de parecer, de adaptarte, de mentir lo suficiente para no ser expulsado.
Mientes, sí.
No por manipulación, no por estrategia.
Mientes porque no sabes cómo existir sin hacerlo. Porque la verdad de lo que eres no tiene forma social, no cabe en ninguna estructura, no se puede domesticar, ni dominar, ni cambiar.

Eres una fuerza que no ha aprendido a habitar el mundo de los hombres.
Y por eso te disfrazas.

Yo también creería tu mentira si no te hubiera visto. Si no conociera tu alma.
Pero te vi.
Te vi antes de que eligieras ocultarte.
Te vi cuando aún no sabías que debías esconderte.
Te vi cuando no eras una versión contenida de ti mismo, sino un estallido sin lenguaje.
Y desde entonces vives en mí.

Te conozco.
Más de lo que quisieras.
Más de lo que admites.
Conozco tus vacíos.
Ese espacio insondable en ti que no es tristeza, ni soledad, ni abandono, sino algo más primitivo.
Es un hueco sin nombre, una ausencia que no puede llenarse con nada que exista afuera.

Y también sé esto.
No te reclamo entero.
Nunca lo hice.
Sé que hay partes de ti que no me pertenecen, que no busco, que no deseo siquiera tocar.
Tu cuerpo, tus impulsos, tu forma de habitar lo inmediato.
Eso le pertenece al mundo, al ruido, a lo fugaz.
Y no lo envidio.
No lo quiero.

Pero hay algo en ti, algo que no se gasta, que no se entrega, que no se pierde en lo superficial.
Tu alma.
Ese espacio invisible donde no hay máscaras posibles, donde no puedes fingir lo que eres.
Es ahí donde te encuentro.
Es ahí donde siempre te he reconocido.
Como si, incluso en medio de todas tus formas, hubiera una esencia que no cambia,
que no miente, que no huye.
Y esa, esa sí me pertenece.
No como posesión, sino como destino.

Y también sé esto:
Amas.
Pero no como otros aman.
Tu amor no es refugio. Tu amor es intemperie.
No abraza, arrastra. No protege, transforma.
Quien intenta enjaularte, se rompe.
Quien intenta domesticarte, se pierde.
Lo sé porque lo sentí.
No como una caricia, sino como una sacudida.
Como si alguien hubiera abierto una puerta dentro de mí que llevaba siglos cerrada.

Y entonces entendí algo que me asustó más que tu fuerza desbordada:

No eras el peligro.
Era yo.
Porque mientras otros huirían de ti, yo decidí quedarme.
No por ingenuidad.
Sino por reconocimiento.
Porque en medio de tu caos, vi algo que el mundo no soporta ver: Una verdad sin filtro, sin
ornamento, sin intención de agradar.
Y yo, yo siempre he sido leal a la verdad, incluso cuando quema.

Por eso no te juzgo.
Pero tampoco te justifico.
No eres bueno. No eres malo. Simplemente eres.
Y eso no te absuelve.
Porque existir sin conciencia no es inocencia. Es potencia sin dirección.
Y la potencia sin dirección, hiera.
Lo sé porque fui herida.
No por lo que hiciste, sino por lo que no supiste cómo hacer.
Por ese momento en el que pudiste elegir y no elegiste.
Por ese instante en que te quedaste inmóvil, atrapado entre lo que eres y lo que podrías ser.
Ahí fue donde te perdí.
No en tu mentira.
No en mi caída.
En tus dudas.
Porque una fuerza que no sabe decidir es más peligrosa que una que destruye sin pensar.

Y aun así, no me fui.
No del todo.
Porque hay algo en ti que sigue llamándome.
No como una voz, sino como una resonancia.
Porque en algún lugar, más allá de lo que muestras, hay una versión de ti, una auténtica, que aún
no ha aprendido a vivir, pero que tal vez podría hacerlo.
Yo, yo he visto demasiadas cosas como para ignorar eso y esa insensata esperanza es la que aún
me sostiene.

Por todo esto no te pido que cambies.
No te pido que te vuelvas dócil, ni amable, ni correcto.
Eso sería matarte. Y yo no quiero tu muerte. Quiero tu verdad.

Así, qué si me quieres en tu vida, que sea bajo estos dos acuerdos, porque sólo quiero dos cosas.
Dos cosas sencillas, talvez imposibles, pero necesarias.
Quiero un lugar en tu vida.
Pero al sol.
No en la sombra donde escondes lo que no sabes nombrar.
No en ese rincón donde guardas lo que te incomoda, lo que no puedes controlar, lo que temes
que revele demasiado de ti.
No.
Quiero estar donde eres visible, donde eres real.
Aunque eso signifique enfrentar la intemperie de tu naturaleza.

Y lo segundo, quiero que te quites las máscaras.
Conmigo.
No ante el mundo. No sería justo exigirte eso.
pero sí ante mí.
Una por una.
Sin prisa, pero sin mentira, con algo de humildad.
Pero debes saber que incluso esto necesita ser elegido. Necesita voluntad.

Quiero que tengas el valor de ser como yo te conocí.
No como aprendiste a sobrevivir. Sino como eras antes de aprender a esconderte.
Porque yo no me enamoré de tu versión correcta.
Yo no me quedé por lo que muestras.
Yo me quedé por lo que eres cuando no te estás defendiendo del mundo.

Y sé que desnudar tu alma da miedo.
Porque ser visto de verdad es quedarse sin refugio.
Pero también es lo único que salva.
No de los otros. Sino de uno mismo.

No sé si puedas hacerlo.
No sé si quieras.
No sé si alguna vez dejes de ser esa fuerza que arrasa sin mirar atrás.

Pero sí sé esto:
Yo también soy una fuerza.
Pero no como tú.
Lo mío no es la tormenta que arrasa.
Lo mío es la profundidad que absorbe.
No soy el huracán.
Soy el océano que lo recibe, se irisa, se levanta y luego vuelve sobre sí mismo para recuperar la calma.
Soy una fuerza Antigua. Silenciosa. Y a veces paciente.
He aprendido a contener lo que soy. A darle forma. A volver habitable lo que en otros sería devastación.
Pero no por eso soy menos peligrosa.
Porque lo que no se desborda, se acumula.
Y lo que se acumula también termina por romper.

Y, si decides seguir siendo sólo tormenta, yo no seré tus ruinas.
Porque he aprendido a elegir.
Y elegirte a ti no puede significar perderme a mí.

Así que aquí estoy.
No esperando, ni suplicando.
Sino de pie.
Frente a ti.
Como igual.

Como espejo.
Como posibilidad.
Pero también como límite.

Si algún día decides dejar de huir de lo que eres, me encontrarás aquí.
Sin máscaras.
Sin miedo.
Sin diques.

Pero si no, si eliges seguir siendo esa fuerza que no mira, que no nombra, que no se detiene, entonces recordaré lo que ya sé:
Tu eres un tsunami que pasa destruyendo y arrasando, pero incluso las tormentas más violentas pasan y terminan.
Y el océano, permanece.

Si aún no sabes, si aún no quieres, entonces será una despedida más.
No un adiós.
Eso no existe para nosotros.
No en lo que somos.
No en lo que ha sido tejido más allá del tiempo.
Será un “hasta luego”.
Una pausa.
Un silencio necesario entre dos encuentros inevitables.
Hasta que logres reconocermé.
No con los ojos, sino con lo que en ti aún recuerda sin saber.

Y cuando eso ocurra, cuando finalmente dejes de huir de lo que eres, espero que llegues a mi puerta desnudo, sin historia, sin defensa, sin máscara.

Porque yo también estoy aprendiendo a despojarme.
Quiero caminar desnuda por la vida.
Sin el peso de un dolor que no me pertenece.
Sin esa idea deformada del amor que hiere, que aprieta, que confunde posesión con entrega.
No quiero ese amor.
No lo acepto más.

Porque yo también he portado una máscara. La de la tristeza.
La de quien aprendió a sobrevivir sintiendo menos, callando más, adaptándose a un mundo cuyas reglas nunca terminaron de tener sentido.

Mi máscara elegida y la tuya impuesta.
Y ambas me han alejado de mí.

Así que este no es solo un llamado hacia ti. Es también una decisión hacia mí.
Si he de encontrarte de nuevo, no será desde la herida.
Será desde la verdad.
Desde un lugar donde ya no necesite aceptar lo que me rompe.

Y te digo: No puedes sostener por siempre el mundo que escondes detrás de tus máscaras, ni las verdades a medias con las que intentas ordenarlo.

No cuando caminas cerca de lo que soy.

Porque lo mío no se oculta.

No se fragmenta.

No se adapta para sobrevivir.

Es transparente.

Y todo lo transparente, termina tarde o temprano revelando lo que toca.

Y siempre, sin que puedas evitarlo, lo que escondes y lo que soy se encuentran.

Se mezclan.

Y en ese encuentro, tus máscaras no resisten y se quiebran.

MILADY/ANAQUEL DE SUEÑOS